

El Porvenir del Obrero

PERIODICO QUINCENAL

Número suelto, 10 céntimos

Redacción y Administración: CALLE GARCIA HERNANDEZ, NUM. 1.

LAS HUELGAS

Son la manifestación más práctica de la lucha de clases. Por sí mismas no resuelven la cuestión social, pero conducen a la necesaria revolución, adiestrando al pueblo trabajador y dándole a comprender toda la maldad del régimen capitalista y la posibilidad de destruirlo.

Las huelgas ponen al descubierto el egoísmo de muchos patronos que pretenden pasar por buenos cristianos o buenos demócratas, y por amigos de los obreros, pero que, llevados al terreno de la práctica, no quieren conceder nada. Esos patronos llenos de odio contra los huelguistas y decididos siempre a no dar más que palabras, han inventado la especie de que las huelgas son perjudiciales para los trabajadores. No les compadecen cuando hambrientos reclaman aumento en los salarios, no quieren tampoco disminuir las horas de excesiva fatiga, no acceden a que el obrero trabaje en buenas condiciones; pero les desconsuela el perjuicio que sufren los trabajadores por causa de las huelgas. ¡Lágrimas de cocodrilo! Si fuese el obrero el que saliese perjudicado con las huelgas, no serían esos patronos los que se quejaran, seguramente.

Las huelgas son una lucha entre el capital y el trabajo, lucha necesaria, desde el momento que los capitalistas, dueños de todo, se niegan a conceder buenamente lo que los trabajadores consideran indispensable para su vida y bienestar. Los capitalistas no ceden por creer tener la fuerza de su parte, porque ellos mismos han hecho las leyes, han definido el derecho tal como les ha convenido, y nombran a las autoridades para que sirvan a sus intereses de clase. Los trabajadores buscan su fuerza en la asociación, y cuando tienen probabilidades de vencer entablan la lucha por medio de las huelgas.

Es cierto, por desgracia, que no vencen siempre; pero la práctica enseña que en las regiones donde las huelgas son frecuentes, aunque se pierdan a veces, el obrero vive mejor, se alimen-

ta y viste mejor, es más respetado y trabaja en condiciones más aceptables que en aquellas otras en donde no se ha hecho resistencia a los abusos del capital, donde los trabajadores no están asociados y las huelgas son desconocidas. Y sucede así porque el capital es esencialmente egoísta, no tiene otra consideración que la de aumentar sus ganancias, de modo que si el obrero no se queja, si no reclama y amenaza, el capitalista le estruja hasta más allá de los límites humanamente posibles, hasta la miseria extrema; pero si el trabajador se lanza a la lucha, el capital es cobarde y se deja arrancar por temor lo que nunca hubiera concedido la piedad. Por eso las huelgas, como demostración de descontento y rebeldía, son más convenientes a los trabajadores, aun cuando se pierden, que la resignación y la pasividad.

Se ha dicho que los aumentos de jornal conquistados en las huelgas son ilusorios, por cuanto el capitalista encarece los productos, lo cual teniendo lugar en todas las industrias daría por resultado que la vida sería más cara y los trabajadores con jornal crecido apenas podrían comprar lo que compraban cuando ganaban menos. Que esto es un beudo sofisma se demuestra sencillamente haciendo notar que nunca ha podido ocurrir ese pretendido aumento de todas las industrias y en todos los países, con lo que todos quedarían iguales, ni es fácil que ocurra. Lo que sucede es que cuando un artículo, por causa de las huelgas, o por lo que fuese, aumenta de precio, ese aumento lo pagan los consumidores, no solo los huelguistas que cobran más jornal, si no todos, de donde resulta que el que ha logrado ganar más es el que está en mejores condiciones.

Si en una región cualquiera se aumentasen los jornales de todos los trabajadores, no por esto serían más caros los artículos de primera necesidad, porque los traerían de fuera, y los perjudicados vendrían a ser los habitantes

de las regiones donde no se hubiese luchado, pues que se aumentarían los precios de las cosas sin haberse subido los jornales. De todo lo cual se deduce en definitiva que los desgraciados son los trabajadores que no luchan, los que viven entregados al capricho de los capitalistas, que son sus enemigos, y apartados de la solidaridad de los demás trabajadores, que son sus hermanos.

Condenar las huelgas por causa de las víctimas que en ellas ocasiona la barbarie autoritaria puesta al servicio de la burguesía, no pasa de ser una figura fetórica, manifestación de repugnante hipocresía. Para los lobos carnívoros erigidos en directores de las naciones, reyes, políticos, guerreros, capitalistas, no representa nada la vida de los hombres, y lo mismo sacrifican a sus ambiciones de mando o de dinero en los horrores de la guerra, que en la explotación inhumana de los campos, de las minas, de las fábricas. Bajo su poder, no sabemos si es más cruel la guerra o la paz, en un solo día de paz burguesa caen más víctimas por la anemia, por la tuberculosis, por el exceso de fatiga, por el hambre aguda o lenta o por culpables accidentes de trabajo, que por causa de las huelgas durante años. Es decir, que la lucha representa un ahorro importantísimo de víctimas. La burguesía cuando puede ataca despiadadamente a los obreros que luchan por su emancipación ¿pero acaso ataca mejor a los que dejan de luchar, a los que se someten a los atropellos más ignominiosos?

Las huelgas no son actualmente la revolución, pero son una ventaja siempre para los trabajadores, tanto si la huelga se gana como si se pierde, y en último término conducen a la revolución cuando presentan los trabajadores una reclamación justa, necesaria para su vida, y ven que el burpués contesta con una negativa orgullosa y brutal, fiado en su influencia con los gobernantes, fiado en la fuerza que las autoridades le prestan ¿que han de pensar los obreros cargados de razón, pero desvalidos? Por fuerza han de comprender que en la actual sociedad todo está organizado para favorecer a

los capitalistas contra los trabajadores a los explotadores contra los explotados; por fuerza han de comprender que la sociedad burguesa solo puede ofrecerles hambre, miseria y menosprecio; por fuerza han de comprender la necesidad de entenderse y solidarizarse con todos sus compañeros de trabajo y de esclavitud, no ya para reclamar aumentos de jornal y disminución de horas por medio de huelgas parciales, sino para dirigir los esfuerzos mancomunados a destruir de una vez y para siempre los fundamentos de la maldita sociedad burguesa, causa de tantas lágrimas vertidas y de tanta sangre derramada.

Las huelgas no son un fin; pero son un medio, tal vez el único medio práctico de llegar a la solución definitiva.

Juan Mir y Mir.

(Del antiguo «Porvenir del Obrero»)

(N. de R.)—Este trabajo es del J. Mir antes de su claudicación, al cual en aquellas fechas los demócratas que hoy lo ensalzan, lo combatían sañudamente.

Replicando las majaderías de Pons Catalá y de «La Voz de Menorca»

Persiste el monomaniaco Pons Catalá en sus aficiones diagnósticas y como especialista en la materia está empeñado en darme por enfermo mental. Es que no sabiendo que decir de mi conducta personal ni de mi actuación pública, consecuente con mis convicciones antipolíticas y contrarias a la explotación del hombre por el hombre, con algo ha de llenar sus cutilinarias difamatorias insertas en «La Voz de Menorca» con el solo propósito de agrandar a la burguesía y calumniar al proletariado que hoy como ayer tiene precisión de luchar por aminorar un algo el hambre que azota a sus hogares.

En su largo artículo mi contrincante acumula una serie de suposiciones y mezclándolas con imbecilidades psicológicas de su cosecha las espeta en forma doctoral y de literaloide con pujos de clásico a la usanza de fenecidas épocas y de estadios mentales que hoy son un anacronismo, y así sale su prosa de poca substancia y de inobjetiva.

Mi valía poca o mucha, la que fuere, quedará en el mismo lugar después de las majaderías en serie que se le ocurren al amenuense de la patronal republicana para influir en el ambiente

hostil que contra mi permanencia en Menorca preparan de mútuo acuerdo los farsantes politiqueros y los explotadores del proletariado menorquín.

Pons Catalá se encastilla en sus tufillos de suficiencia y de sabihondo. A toda costa quiere negarme facultades intelectivas, y orondo y satisfecho cree que por el solo hecho de recetarla él ya está finiquitada mi descalificación mental. Si tengo o no inteligencia serán mis alumnos los que lo demostrarán una vez lleguen a la edad apropiada para comprender y practicar lo que de mí hayan aprendido. No se olvide que los frutos de la enseñanza se cosechan a largo plazo.

En nuestra «Escuela Nueva», durante los años que yo la regento, bastantes alumnos han demostrado no desmerecer en instrucción y educación con los que por Duran fueron instruidos y educados. El solo hecho de que se me entregase la escuela con diez y siete alumnos y que durante cinco años haya habido una matrícula de cuarenta o más, demuestra que mis facultades para la enseñanza racionalista están por encima de las biliosas críticas que ciertos despechados os encargan deis a la publicidad con el fin de perjudicar nuestra «Escuela Nueva» y mi labor proselitista para la consecución del ideal que es señora de las luchas del proletariado consciente.

Siguiendo sus malas costumbres confidenciales «La Voz de Menorca», no satisfecha con haber insertado durante la Dictadura un artículo en el que un tráfuga de nuestra causa en forma jesuítica y colapada me delataba como un perturbador y peligroso elemento para la tranquila explotación del proletariado por parte de la burguesía, ahora jalea el título de maestro y azusa a la policía contra mi estancia en Alayor, no acordándose para nada de los Hermanos y Monjas que hoy con república, como ayer con monarquía, sin intromisiones extrañas siguen practicando la libertad de enseñanza religiosa, libertad de enseñanza que para la racionalista niegan y delatan los nuevos años del cotarro estatal.

Se me reprocha de ser yo la causa de la abstención electoral de los trabajadores alayorenses en la elección edilicia, no llega a tanto mi pretensión. Jamás he creído yo que se abstuvieran los trabajadores de votar en aquella fecha por la propaganda antipolítica que por mi parte háse realizado, más bien lo he atribuido siempre a lo frescas que estaban en la memoria las siete semanas de pacto del hambre que la burguesía republicana alayorense impuso a los obreros zapateros por una simple reclamación de un real de aumento en algunas tareas. La prueba de lo que decimos está en que en las últimas elecciones a Cortes, votaron casi la totalidad de los mismos que en las de ediles municipales se abstuvieron. Bastó que la burguesía de gorro frigio jesuíticamente simulase aceptar unas mejoras presentadas por «La Buena Semilla», y a las que avaló con su firma la patronal, para que cándidamente los obreros se echasen de cabeza en las urnas funerarias de la tragicomedia política que para sabotear la Revolución Social prepararon los histriones y profesionales de la gran farsa demo-

crática.

Una vez engañados los trabajadores, la burguesía local vuelve atrás su firma y lo que prometió cumplir para primeros de Agosto, confabulada con el Ayuntamiento, lo sabotea y descaradamente se resiste a poner en práctica. Claro, cuando accedió a la demanda lo hizo como estratagema para pasar por razonable y magnánima a fin de conseguir votos, pero una vez llegada la hora de aumentar las tarifas para mejorar un poco la miseria de los hogares obreros se llama *andana* y haciendo oídos sordos se pasa su firma por los talones, escarneciendo aún a los burlados obreros.

Diceme Pons Catalá que si por mi labor hubiese tenido que perecer la monarquía aún estaría en pie. Recuerde dicho plumífero que la monarquía fué socabada por nuestras continuas propagandas y nuestros episodios protestarios con ra todos los resortes de mando estatal, episodios de lucha en los que tantísimos compañeros nuestros perdieron la vida y en los que otros hemos afrontado continuas persecuciones y encarcelamientos.

Ahora bien, una cosa es combatir la tiranía y otra muy distinta dar conformidad a estructuras un nuevo poder; para edificar un nuevo artefacto de mando estoy orgulloso de esteriorizar mi continua abstención en tal sentido, al contrario, siempre me he esforzado por señalar a los trabajadores la imposibilidad de emanciparse mientras quede en pie la autoridad.

Esta Sociedad en que vivimos y que todos reconocemos defectuosa perdura porque hay gentes para las cuales es tolerable, éstos son los privilegiados y luego porque los no privilegiados se resignan y no se rebelan.

Los proletarios, no solamente no se rebelan, sino que aceptan, reconocen, conservan y consolidan el régimen opresor del Estado siempre que votan y abdican su personalidad. En efecto, cuantas veces se llama a los hombres a votar es equivalente a solicitar su firma para la prolongación del aparato estatal. El elector es un hombre que acude el día que se le llama a las urnas como perro domesticado obedeciendo al silbido del amo, y se presenta sólo el día que al amo le conviene y no otros; es un hombre que acude cuando la autoridad le dice: «Ha llegado el momento de sancionar una vez más y dar nuevo impulso al sistema establecido por otros y para otros diferentes de ti. Ha llegado el momento de elegir a los que han de formar parte de ese sistema; de elegir a los que por contribuir al funcionamiento de la máquina de triturar al débil, recibirán en pago dinero, influencias, privilegios, honores. Ha llegado el momento de separar una vez más la idea de rebeldía contra la organización que te explota y de obedecer a la autoridad. Ha llegado el momento de votar, es decir, de hacer un acto cuya significación es: Yo reconozco las leyes que otros hicieron y harán por mí, pero siempre en apoyo de la clase dominante.»

Teniendo conciencia de que todas las revoluciones se han hecho cuando los hombres han abandonado la política, cuando se han ocupado ellos mismos de su propia suerte, es bien lógico que propaguemos entre los trabaja-

dores la abstención electoral, ya que el votar significa remachar las propias cadenas. Se nos dice así mismo, que de no votar los revolucionarios abandonamos el poder a los reaccionarios. Esta objeción es endeble y anodina. En efecto, el objeto de un revolucionario consciente es, no la conquista, sino la destrucción del Poder y éste jamás se destruirá si se continúa haciéndole funcionar. El elector es conservador del Estado, porque construye un engranaje de la autoridad, engranaje esencial sin el que la autoridad no existiría. Pensando así se comprende que combatamos todo poder, nuevo o viejo, que en aras del dominio del pobre por el rico legisla siempre el sacrosanto derecho a la explotación.

Las huelgas no son como se pretende en lo que escribe Pons Catalá, el resultado de un complot ni obra de agentes provocadores enemigos de la República; son los gestos episódicos de la revolución en marcha, revolución que no detendrán las calumnias de los escritores aburguesados, ni los asesinatos del Gobierno Provisional que impunemente ampara a toda esa taifa de reaccionarios y dictadores que tanto daño han causado y causan a la nación. Las huelgas que invaden toda la península significan la imposibilidad en que se hallan las masas obreras de soportar la miseria y el sufrimiento que las oprime. Las huelgas son la expresión de la miseria de los trabajadores, son la voluntad de las masas oprimidas y explotadas, son las consecuencias de haber mantenido íntegramente el poderío de los burgueses que ayer pedían leyes de excepción a Primo de Rivera y hoy se las piden a Maura y Largo Caballero. Las huelgas, señor Pons Catalá, las hacen los trabajadores porque no pueden vivir y necesitan conquistar el derecho a la vida.

El que algunos *mandamás* de C. N. T. hayan condenado los conflictos actuales no pueden deducirse que sea la organización Confederal la que condene al descontento proletario, pues cuando los parados se atreven a ir por comida a los hoteles de los ricos, es porque el hambre les dá arrojo y porque deben y quieren vivir a pesar de la sordina que al ansia de revuelta intentan poner algunos líderes de la C. N. T. confabulados con los políticos encaramados al poder.

Finalmente diré que en Valencia y Olot la clase trabajadora sabe bien lo mucho que la burguesía y la reacción háme perseguido, y claro es que para los explotadores del esfuerzo ajeno soy una pesadilla o algo peor, pero para los trabajadores seguramente que mi actuación es cosa bien distinta y opuesta.

Las escuelas que he regentado, de querer, podría volver a ellas, pero mar charmé de Alayor sería dar gusto a los jesuitas laicos que tanto empeño tienen en hacerme la vida imposible en

este feudo de sus rapaces expoliaciones.

Las fracesitas *abracadabrantés e infundiboliformes quisicosas* que tanto chocan al sueltista Taltavull, son la expresión gráfica del parto de los montes que son sus sueltos y los Chispazos sin fuego que Pons Catalá dirige contra mi colaboración en este modesto paladín, paladín al cual soy completamente ajeno en lo que atañe a su fundación y a la elección de su título, por lo que miente descaradamente quien diga lo contrario.

Por hoy basta con lo expuesto, esperaré acorazado las sandeces que en réplica quieran lanzarme los Pons Catalá y compañía.

El Maestro.

EL PRIMER PASO

Una de las cualidades más apreciables en el individuo, es la nobleza, y es ta, al ser puesta al servicio de una causa justa, humana, adquiere una aureola de bondad y prestigio, que es la elevación suprema del alma por sobre de las mezquindades y ruindad de sentimientos de los que esgrimen las armas cobardes e hipócritas del engaño y la bajeza de sus pasiones.

Cuando una colectividad, o sea el conglomerado de individualidades, en una común aspiración de mejoramiento moral y material de sus componentes, conociendo sobradamente las necesidades más o menos graves que pesan sobre la vida de los hogares proletarios, se decide a obtener nuevos medios económicos que faciliten y hagan más llevadera la existencia del sufrido trabajador, entonces surgen los traidores a la causa obrera, decididos a abortar en amigable componenda con la patronal las justas reivindicaciones de sus hermanos, de sus compañeros de trabajo, de dolor y de miseria.

¿Puede haber nobleza, alteza de miras, compañerismo, en donde existe la traición cobarde y rastrera, en donde la mayoría de sus individuos, han sido y son la rémora del movimiento obrero? Por más que pretendan justificar su actuación ante los ojos del público sensato, o de la clase trabajadora consciente, no pasa de ser una burda comedia con ribetes de ridiculismo, que hace aun más despreciable su impúdica presentación.

La patronal zapatera alayorense, que

es de lo más escogido en cuanto se refiere a las maneras cobardes y canallas cas de su proceder, burlando compromisos con tal de satisfacer sus voraces apetitos de lucro ha encontrado en la fauna esquirolera y similares, materia suficiente para saciar su desmedida ambición. No importan los medios con tal de llegar al fin de sus propósitos. Ese es el lema patronal. Y los lacayos los fieles servidores del instinto de rapacidad de sus explotadores han sabido completar magnífica y descaradamente, la ruin obra burguesa.

Los que tenemos un concepto formado de lo que es y lo que significa una organización obrera, hemos de convenir en que ésta no puede tener la más leve comitancia con sus enemigos declarados: la patronal excluyendo siempre en que por circunstancias especiales trazan de enfrentarse para dirimir cuestiones pendientes de solución. Pero fuera de estos casos excepcionales, los intereses antagónicos de la clase no pueden desarrollarse fraterna y cordialmente en un ambiente de ese pretendido cuento de la convivencia social.

La práctica nos demuestra claramente nuestras afirmaciones. Mientras el capitalismo no se vea inquietado por la demanda de nuevas mejoras obreras la paz reina en el imperio burgués. Pero al hacerse presión sobre sus intereses la aparente e hipócrita confraternidad, inhevitablemente se derrumba. Las malas tácticas, los procedimientos detestables hacen su aparición y las consecuencias provocan un estado de ánimo en las filas obreristas, que hacen que la lucha degenera en batalla.

Somos enemigos de toda violencia que no tenga una causa justificada, pero cuando el paciente y sufrido trabajador se sale de los límites de la pasividad y se rebela contra tanta injusticia y perversión obrando por su propia mano, es que el despotismo burgués, reaccionario y cruel ya ha rebasado los cauces que el buen sentido impone, y sino en las luchas habidas en nuestra ciudad hallaremos fácil respuesta. La terquedad patronal, la intransigencia cervil, la obstinada oposición a las reivindicaciones proletarias y su amparo en la fuerza autoritaria y gubernamental son los verdaderos promotores de las consecuencias violentas.

La cultura en el individuo es un arma poderosa, eficaz. En los países de

un nivel cultural más avanzado es en donde el proletariado goza de más ventajas materiales para poderse proporcionar y complementar su educación moral. Pero es de una ignorancia rayana en la estupidez pedir cultura donde no hay pan. Y cuando el obrero consciente, digno de sí mismo y de sus semejantes, ha logrado perfeccionarse, introducir en su espíritu nuevas concepciones éticas que vienen a agrandar y depurar sus rudimentarios conocimientos, es debido a un esfuerzo superior, a una voluntad firme y decidida, que no permite comunmente llevarse a feliz término en nuestros medios económicos tan exigüos.

Cuando en plan de reivindicaciones se pretende conquistar un mejoramiento que alivie nuestra deprimente y angustiosa existencia, la masa obrera que ha dado pruebas innegables de sacrificio, de estímulo entre sus compañeros de trabajo para hacer una vida menos precaria, ya que el panorama social es cada día más sombrío y amenazante, un núcleo de entes pervertidos, de una moral atrofiada y de un rastrerismo inconcebible, en amoroso concubinage con los mastodontes burgueses ha sellado un pacto que es todo un símbolo: Traición, Servilismo, Cobardía.

Con el ánimo sereno, limpia nuestra conciencia de ninguna traición a nuestros hermanos los explotados todos, seguiremos fielmente la ruta trazada, poniendo al servicio de la causa obrera nuestra más interesada cooperación a fin de que ésta rinda los más óptimos frutos, las más preciadas virtudes, dignidad y honradez.

J. M.

FLORECILLAS

El conflicto telefónico continúa en pie. Los bravos empleados siguen luchando contra el poderío monopolista de una compañía extranjera que de forma indigna explota al público cuando el país colonizado por sus financieros se trata y niega así mismo una pequeña mejora a los obreros hispanos tomándolos también por indígenas o kabileños.

Por lo que respeta a Menorca, se nos informa que en Mahón, de los dos empleados que hay uno está traicionando la causa de los huelguistas. No nos causa extrañeza, alguien ha de ser el Judas, y menos extrañeza nos causa al saber que el traidor es un exconcejal

socialista. Esas gentes están habituadas a todas las malas acciones, su sensibilidad embotada consiente lo mismo traicionar la propia causa que ver con complacencia como ocupan cargos de ministros figurones de la U. G. T. y del Partido Socialista que a la Dictadura con antelación también prestaron su apoyo. De la misma forma solapada y rastrera préstanse hoy a servir a la empresa norteamericana que contra los empleados de teléfonos moviliza todos los esbirros y resortes represivos del poder.

Con tal de saciar el odio que sienten los socialeros ugetistas contra la perseguida C. N. del T., cualquier infamia les parece poco.

Cierto tráfuga con cara de confidente, hoy concejal de la Mariana, anunció desde las columnas de «La Voz de Lerroux» una conferencia sobre «El cambio de régimen y los obreros.» No tenemos noticia de que dicho acto háyase realizado, a no ser que lo haya sido a puerta cerrada y a la chita callando. De llevarse a término el acto concejaril quisiéramos que nos diese la solución para obligar a los patronos correligionarios de su repentina republicanitis, al cumplimiento de las mejoras firmadas a los obreros para aliviar un algo su triste suerte y que a la hora de cumplirlas se ciscan vergonzosamente en lo pactado. Así mismo esperamos nos dé la solución para impedir el incesante y escandaloso aumento de las subsistencias, permaneciendo e i trueque estacionados, cuando no se merman, nuestros bajos salarios.

Del cambio de régimen quisiéramos nos explicase a que obedece el impunitismo del Gobierno provisional y de las Cortes Constituyentes para todos los infames malversadores de fondos públicos y para las exigencias de responsabilidades a los causantes de los desastres nacionales amparados por el trono ayer y hoy protegidos también por el nuevo régimen. Que nos diga por qué a Berenguer se le aloja en fastuoso Alcazar después de ser uno de los causantes del asesinato de catorce mil soldados en Annual y en cambio a los trabajadores andaluces por pedir pan para sus hijos se les masaca, se les aplica la ley de fugas y encierra en infectas y angostas mazmorras.

Advertimos a este tiranuelo que se abstenga de alardear de conferenciante en estos tiempos de marea alta en que cualquier tropezón le puede ocasionar algún disgustillo de parte de los que conocen su proceder a través de los años para lograr algún acta que colme sus deseos de fachendosa vanidad con alma de mandarín.

Julián

EL ESQUIROL

El burgués defiende sus intereses como puede, porque para esto es burgués y el negocio no tiene entrañas.

Las autoridades, naturalmente, hacen la causa de los burgueses, porque para eso las nombran.

Burgueses y autoridades son los enemigos naturales de la emancipación de los trabajadores, dos enemigos conocidos, con los cuales ya cuenta desde luego.

Pero la peor cuña es de la misma madera.

El peor enemigo de los trabajadores son los miserables *esquirols*, trabajadores que hacen traición a la causa de sus hermanos.

El *esquirol* es el que hace perder las huelgas, con lo cual es causa de que los obreros trabajen muchas horas cobren poco jornal.

El *esquirol* es el que da ocasión que las autoridades intervengan violentamente y lleven obreros a la cárcel o a presidio con el pretexto de las coacciones.

El *esquirol* es el traidor indecente, el espía repugnante, el policía honorario.

En el trato de cada día merece el de precio y en tiempo de luchas merece el trato que se da en la guerra a los espías y traidores.

Generalmente el *esquirol* no gana nada con su traición. Al contrario, haciendo perder las huelgas, impidiendo que se emancipen los trabajadores, él mismo forja la cadena que le hace esclavo. Sufre también las malas condiciones del trabajo y el poco jornal, y perjudica a todos sin ganar nada.

Es *esquirol* por bajeza de su alma, por ruindad de su corazón, por adulterio al amo y por hacer daño a sus compañeros.

No es posible tenerle consideraciones. El *esquirol* es una plaga, una calamidad, a la que hay que poner remedio.

Los *esquirols* son malos bichos, son peores que esos microbios de que hablamos de sanearnos, según nos predicaban los médicos higienistas.

Son microbios de que la clase obrera debe sanearse a todo trance y evitando por lo sano, si es preciso.

Por la salud de la clase obrera, importa hacer un continuo saneamiento de *esquirols*. Recomendamos los procedimientos de la moderna antisepsia.

Imp. de F. Truyol=MAHÓN